

PARTE SEGUNDA

I

En estas condiciones se emprendió el viaje. Y hemos comenzado por repetir textualmente algunos conceptos de los que estampamos al escribir la *Historia de Cristóbal Colón*, porque en nuestro vehemente deseo de que resplandezca en toda su grandeza la ilustre figura de *Pinzón*, queremos demostrar también que no nace nuestra convicción de las nuevas opiniones que ahora se sustentan, sino que se formó hace mucho tiempo, en el concienzudo

estudio de los hechos que hicimos para escribir la *Historia del Almirante*, y hoy las exponemos con separación, contribuyendo, en cuanto nuestras razones puedan hacerlo, á que se eleve la gloria de *Martín Alonso Pinzón* hasta la altura que de justicia le corresponde.

Dos pruebas, ambas muy significativas, se encuentran en hechos que tuvieron lugar durante el viaje, antes de descubrir las tierras del Nuevo Mundo, que son buena prueba de cuanto dejamos expuesto, manifestando las cordiales relaciones y la confianza mutua de *Colón* y de *Martín Alonso*.

A los tres días de viaje, cuando todavía no se avistaban las Islas Canarias, con mar gruesa que impedía á las embarcaciones acercarse las unas á las otras, ocurrió una avería

á la *Pinta*, inutilizándosele el timón. Era grave la situación quedando sin gobierno la nave. *Cristóbal Colón* lo sintió mucho «y vídose en gran turbacion, por no poder socorrer la carabela sin su propio peligro, pero *dice* que perdía alguna de la mucha pena que tenía por cognoscer que *Martín Alonso* era persona esforzada y de buen ingenio.»

Esta referencia da á entender con claridad el concepto verdadero que el genovés había formado de las cualidades del capitán de Palos. El segundo hecho es más terminante, si cabe, porque se ven en acción los dos marinos.

En todo el *Diario de Navegación* no se encuentra vestigio de la sublevación de los marineros, de que tanto partido han sacado poetas y novelistas. Véanse en él, en repeti-

das ocasiones, referencias al disgusto de las tripulaciones cuando ya llevaban corridas 700 ú 800 leguas, siempre navegando hacia Occidente por un mar desconocido y llevados por vientos casi constantes; pero no existe indicación alguna de que faltasen al respeto á los jefes, ni mucho menos de que amenazaran á *Cristóbal Colón*, hasta el punto de que peligrase su existencia y tuviera que transigir con su tripulación sublevada, ofreciéndoles poner la proa con rumbo á España si en el preciso término de tres días no encontraba la anhelada tierra.

El disgusto de los marineros, sus murmuraciones, se consignan alguna vez por el Almirante en sus términos propios, sin acudir á extremos pormenores, hijos de la fantasía y puramente novelescos, aun-

que por desgracia son muchas las personas que los refieren como muy ciertos al hablar del descubrimiento.

Mas entre los centenares de declaraciones que se tomaron en las pruebas articuladas en el pleito ya citado, tanto á instancia de Juan Martín Pinzón, hijo de *Martín Alonso*, como del segundo Almirante y del fiscal del Rey, hay algunas muy dignas de atención, y entre todas las que á los síntomas de insubordinación que durante el viaje se notaron á bordo de las carabelas se refieren, no puede dejar de tomarse en cuenta, como la más notable de todas, la del anciano piloto Hernán Pérez Mateos, que ya anteriormente hemos referido. Era este testigo primo hermano de los Pinzones, y que contaba más de ochenta años cuando declaró el 26

de Enero de 1536 en Santo Domingo, donde se había establecido después de sus largos viajes (1).

Dijo el piloto que no sabía más, y esto por haberlo oído á *Martín Alonso Pinzón* y á sus hermanos, que al ir camino de las Indias en el primer viaje, muchos días antes del descubrimiento, «la jente que venia en los navios, habiendo navegado muchos dias é no descubriendo tierra, los que venian con *Don Cristobal Colon* se querian amotinar é alzar contra él diciendo que iban perdidos, y entonces el dicho *D. Cristobal Colon* habia dicho á *Martín Alonso* lo que pasaba con aquella jente, é que le parecia que debian de hacer, y el dicho *Martín Alonso* le habia respondido:—

(1) *Colón y Pinzón*, por D. Cesáreo Fernández Duro.—Loc. cit.

»Señor, ahorque vuestra merced
»media docena dellos, ó échelos á la
»mar, y si no se atreve, yo y mis
»hermanos barloaremos sobre ellos y
»lo haremos, que armada que salió
»con mandado de tan altos prínci-
»pes no habrá de volver atrás sin
»buenas nuevas; y que con esto to-
»dos se animaron, y el dicho *Don*
»*Cristobal Colon* había dicho:—
»*Martin Alonso*, con estos hidalgos
»hayámosnos bien y andemos otros
»días, é si en estos no halláremos
»tierra, daremos otra orden en lo
»que debemos hacer, y ansi navega-
»ron otros siete días, y sobre noche
»vieron fuego en una tierra que se
»decía *Las Princesas*, é agora se
»llama *Los Lucayos*; y esto es lo que
»le han dicho á este testigo, y lo
»que le contaron los dichos *Martin*
»*Alonso* y sus hermanos.»

El origen no puede ser más digno de atención. Hemos alegado esta notable declaración al historiar la vida del Almirante, para demostrar que no hubo insurrección armada, ni amenazas á la vida de *Colón*, cuando después de aquella manifestación de descontento navegaron otros siete días, y como gráfica pintura de los caracteres de ambos capitanes, enérgico y decidido siempre el de *Pinzón*, prudente, conciliador, templado el del Almirante. Mas ahora la traemos textual, para demostración de la confianza que mediaba entre ellos, sin sombra de emulación, sin vislumbre de disgusto; así continuaron sin duda alguna hasta que se efectuó el gran descubrimiento, ó, mejor dicho, hasta después del desembarco y toma de posesión de la isla de Guanahani.

II

Propensión natural es del corazón humano, sin mezcla de mezquina pasión, la de querer igualar en merecimientos á los mejores, y aspirar á la recompensa debida, que nunca se estima excesiva cuando recae sobre propios servicios. Esta es aquella clase de envidia que Cervantes decía noble y elevada, pero que rara vez se contiene en los límites de la justicia, y con harta frecuencia nos lleva á mirar con malos ojos los honores y beneficios que á otros se conceden, estableciendo desventajosas comparaciones, creyéndolas superiores á los actos que se trata de galardonar.

Desde la noble emulación á la envidia es muy corta la distancia, y ésta se recorre casi siempre con demasiada rapidez; la envidia es, desgraciadamente, más general de lo que puede creerse; pasión que nos hace menospreciar lo propio y estimar con exceso lo ajeno, y muy pocas veces se levanta á la altura que expresaba el inmortal autor de *El Ingenioso hidalgo*.

Entendemos que sin darse cuenta de ello, y por un movimiento espontáneo, se despertó la emulación en el pecho de *Martín Alonso Pinzón*, al punto mismo de ver á su compañero y amigo tomar posesión á nombre de los Reyes Católicos de aquella isla hasta entonces desconocida, que llamó San Salvador, y ser reconocido como Visorey y Gobernador de ella y de todas las

demás islas y tierra firme que pudieran descubrirse.

Y á la verdad, disculpable parece ser aquel sentimiento, si alguna vez puede serlo. Era *Pinzón* rudo y franco marino, capaz de acometer grandes empresas, sin otro móvil que el de ganar renombre de arrojado y emprendedor; carácter verdaderamente andaluz, con más anhelo de singularizarse que de buscar provecho; de imaginación ardiente, más fantástica que calculadora. Así se unió á *Cristóbal Colón*, atraído con mayor fuerza por la ilusión de lo desconocido que por el deseo de medrar, pensando en vencer peligros y descubrir fantásticos países, como se desprende claramente de las palabras con que exhortaba á sus convecinos para que se embarcasen con él y le acom-

pañaran en la expedición. Aunque les hablaba para estimular su codicia de ciudades que tenían palacios de cristal y casas con las tejas de oro, bien se deja entender que *Pinzón* soñaba con empresas imaginarias, y fué en el principio de sus relaciones admirador de *Colón* y muy luego su amigo; trabajó con ardor para preparar el viaje, y le ayudó durante la penosa travesía con su pericia y con la influencia que ejercía su ejemplo sobre las tripulaciones, y sus palabras en aquellos hombres que la mayor parte le respetaban por ser de Palos, de Moguer, de Huelva y de otros pueblos cercanos donde era grande su prestigio y conocido su valor.

Pero en el momento del desembarco en la tierra de Indias, se estableció una diferencia harto nota-

ble en la consideración de ambos capitanes, y *Pinzón* la sintió sin darse, tal vez, cuenta de ello.

Cristóbal Colón, que había concebido el grandioso proyecto, veía satisfechas todas sus ambiciones al realizarse, y era Almirante y Virrey. *Pinzón*, que había ayudado con todas sus fuerzas, con todos sus recursos á la realización, continuaba siendo, al menos por entonces, el capitán de la carabela *Pinta*. Ambos habían arriesgado, al salir del puerto de Palos, como antes decíamos, su presente y su porvenir, sus ensueños de gloria y sus esperanzas de fortuna. *Colón*, al fijar su planta en aquellas tierras vírgenes, tocaba la recompensa; para *Pinzón*, caso de que la hubiera, quedaba todavía muy lejana. ¿No era cosa natural que la diferencia que en aquel punto

se establecía saltara á la vista del intrépido *Martín Alonso* é hiriese en cierto modo su amor propio?

Cristóbal Colón, Almirante de los Reyes Católicos en el mar Océano, Visorey y Gobernador de las tierras que se descubriesen al Occidente, tomó posesión de la isla de Guanahani ó San Salvador, é inmediatamente después de terminado aquel acto oficial recibió el homenaje debido al rango que acababa de conquistar, prestándole obediencia los oficiales enviados por la corona, los jefes y las tripulaciones. Para *Martín Alonso Pinzón*, en aquella hora, no había más recompensa que la gloria de haber contribuido á realizar tan alta hazaña.

Las condiciones eran por todo extremo diferentes, y hacemos por presentar de relieve las posiciones

de ambos descubridores, porque, en nuestro juicio, ellas dan la clave de muchos sucesos posteriores, y sirven para aclaración de esas cuestiones que hoy se promueven y con tan distinto criterio se resuelven, más por la pasión que por los datos históricos.

III

A partir de aquel momento, existió en el alma de *Martín Alonso* un sentimiento nuevo, un germen de disgusto, que había de ir creciendo insensiblemente y cuyas consecuencias no podían tardar en ser conocidas, dando tristes frutos, por nacer de persona por tantos títulos importante y que tanto significaba en la expedición.

Y llegamos al punto crudo, al cargo más grave que un escritor ilustre, y que sobre otras muchas ventajas tiene la de su reconocida pericia en la náutica, cree que hemos dirigido á *Pinzón*, después de meditado estudio, no dejándonos llevar por el juicio de otros autores, sino cargándolo más con suposiciones ofensivas, originales nuestras.

Muy lejos nos parece de la exactitud tamaña censura, y expuestas quedan ya consideraciones que comienzan á persuadirlo. Y si cierto es que al suceso de la separación de la carabela *Pinta* dimos más espacio y atención que los dedicados en nuestra historia á objetos de alta importancia real, es prueba palmaria del verdadero interés con que miramos siempre cuanto á *Martín Alonso Pinzón* se refiere, cuanto

con su conducta se relaciona; y siendo su separación del Almirante el hecho más grave, quizá el único en que salieron al exterior y se manifestaron, de una manera tan ostensible como deplorable, los sentimientos que desde el día del desembarco y toma de posesión de Guanahani se habían albergado en su alma, nos creímos en el deber de examinarlo con detención, con maduro examen, antes de señalar una falta en la conducta de aquel á quien tanto se debía en el grandioso suceso que para gloria de España se acababa de verificar.

Razón tiene el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, que es el autor á que aludimos; nuestra opinión, incluyendo en esta colectividad á Washington Irving y á Muñoz, no puede parecer muy digna de aten-

ción por no ser los que la sostienen marinos experimentados; *un perito la merece siempre en concurrencia con los que no lo son, en cualquier número que los últimos compongan*, porque da valor á sus razones con los conocimientos técnicos que le adornan, y en este terreno nadie podrá dudar de nuestra inferioridad para discutir. Por eso acudimos única y exclusivamente á la apreciación de los hechos; por eso los expusimos con precisión y claridad, á nuestro entender, y seguimos creyendo que de la simple lectura de ellos se desprende el cargo que, con harto pesar, dirigimos á *Pinzón*, y que si no es bastante grave, en verdad, para oscurecer su gloria y amenguar su mérito, es, sin embargo, una mancha en aquel carácter noble y altivo, tan digno de

admiración en todos los demás actos en que intervino.

Ciertamente el insigne escritor á quien aludimos no nos supera en admiración á las grandes dotes del capitán de la carabela *Pinta*; mas después de leídas con verdadera satisfacción sus observaciones, aún deseáramos que fueran concluyentes al objeto que se propone, y seguimos creyendo que no aprecia en justicia los datos ni deduce las exactas consecuencias; por lo que no logra, por desgracia, llevar la convicción al ánimo de los lectores. Y tan profunda es la nuestra, que huyendo al propio tiempo de dar á este tratado el carácter de enojosa polémica, vamos á limitarnos á repetir la exposición del suceso en los propios términos que anteriormente lo habíamos hecho, y que el

Sr. Fernández Duro nos hace la honra de asentar en su libro, con frases hijas más de su cariñosa amistad que de lo que la justicia reclama.

IV

«1. El 19 de Noviembre se dió otra vez á la vela (Colón), saliendo al mar en dirección Noroeste de *Puerto Príncipe*, y navegó dos días con mucho trabajo por la variedad de los vientos, adelantando muy poca cosa, hasta que creciendo la fuerza del viento contrario, *en la noche del miércoles 21*, determinó el Almirante volverse á Cuba, y puso *las señales convenidas* para que las otras dos carabelas le siguiesen, como acontecía de ordinario. Obedeció desde luego la *Niña*, cam-

biando de rumbo y dirigiéndose viento en popa por el mismo que llevaba la capitana; pero al poco tiempo notó Colón que la *Pinta* continuaba adelantando en su primitiva dirección, sin hacer caso de las señales que se le hacían. Repitieron éstas, aunque también sin resultado, y creyendo el Almirante que Martín Alonso Pinzón no las hubiera visto á tiempo, *como ya cerraba la noche*, hizo poner faroles en los mástiles y recogió velas para disminuir la marcha hasta que se hubieran reunido los tres buques. Pero vino la mañana y la *Pinta* se había perdido de vista *en un mar desconocido*.

»2. Esta separación de Martín Alonso causó gran disgusto al Almirante, por lo que en sí misma significaba y por las consecuencias

que podía tener para los resultados de la expedición. No podía calcularse cuál era el pensamiento de Pinzón *al desertar de la bandera, desoyendo las órdenes del jefe nombrado por los Reyes*; pero desde luego su conducta respondía á las muestras continuas de descontento que entre los marineros de Palos se habían venido notando hacía mucho tiempo. Desde que los españoles pusieron el pié en la primera isla; desde que el descubrimiento fué una verdad, comprendieron todos la gran resonancia que el suceso había de tener en Europa y la gloria de que se cubría Cristóbal Colón. Entonces pesó, sin duda, á Martín Alonso Pinzón de haber aceptado un papel secundario en la expedición que le obligaba á sufrir las molestias del viaje, á compartir

los peligros y le privaba de la fama, que caía de lleno sobre el nombre de aquel extranjero que, pobre, sin recursos, había llegado un día á las puertas de su casa. Pinzón contribuía al buen resultado de la empresa con sus buques, con sus intereses y con su persona; había puesto su inteligencia y sus recursos al servicio de la idea, y por el prestigio de su nombre, por el ejemplo que les diera, se habían embarcado en las carabelas los mejores marinos de Palos, de Moguer y de Huelva. En el peligro todos eran iguales; todos habían sufrido las mismas penalidades, los mismos trabajos; pero al llegar la hora de las recompensas la diferencia había de ser muy grande y el nombre de Colón oscurecería á todos.

»3. Estas ó parecidas ideas re-

volvía en su mente Martín Alonso Pinzón desde el momento en que en la isla de Guanahani *reconocieron* todos á Colón por almirante, visorrey y gobernador de las islas y *tierra firme* del mar Océano. El descontento que le agitaba se conocía en su semblante y se reflejaba en todas sus acciones. Hubo de fijarse en su mente un ambicioso pensamiento, y quiso tener su parte en el provecho, en la celebridad y en la fama.

»4. Comprendía muy bien que para que en España se concediera desde luego al descubrimiento toda la importancia que verdaderamente tenía, era de necesidad ofrecer pruebas, presentar datos que todos pudieran apreciar, principalmente el oro; cuanto oro pudiera adquirirse *para deslumbrar desde el primer*

momento á los monarcas y estimular los aplausos del pueblo. Y como los resultados obtenidos hasta entonces eran casi nulos; como el oro recogido era insignificante, Pinzón *dió oídos* á las noticias de grandes riquezas que le comunicaron los indios que llevaba á bordo, y aprovechó *la primera ocasión* para separarse é intentar por sí solo algún descubrimiento que pudiera colmar sus deseos y satisfacer su ambición.

»5. No podían ocultarse al Almirante los pensamientos del capitán de la *Pinta*. Leía su disgusto en sus ojos y lo veía en sus acciones, que más de una vez hubieron de ser bastante bruscas é inconvenientes; por eso, al consignar en el *Diario* que Martín Alonso se había separado sin voluntad ni obediencia suya, añade: *Otras muchas me tiene*

hecho y dicho. Pero no era posible que en el momento mismo de *la deserción* se adivinara el camino que pensaba tomar la carabela, ni el intento de su capitán.

»6. Cruzó por la mente de Colón la idea de que Pinzón quisiera volverse desde aquel punto á España á llevar la noticia del descubrimiento, presentar á los Reyes los indios y las aves que llevaba á bordo, y *usurparle la gloria que á tanta costa* había conseguido. Pero aunque esto no sucediera; aunque la *Pinta* no se hubiera separado por otra causa que sustraerse al mando del extranjero y caminar libremente bajo las órdenes del intrépido marino de Palos, la situación era muy grave para el Almirante, y tuvo necesidad de todo su talento y de toda su discreción para dominarla.

»7. Desde luego quedadan muy reducidos los medios de que Cristóbal Colón podía disponer, y se hacía más dificultosa la continuación de las operaciones para lo sucesivo, en la previsión de accidentes que no tardaron en sobrevenir.

»8. *Juzgamos* que la pérdida de la *Santa María*, ocurrida un mes después, *fué debida en gran parte á la falta de Martín Alonso*; pues de haber estado reunidas las tres embarcaciones, *ciertamente el Almirante hubiera emprendido otro rumbo*: el costeo se hubiera hecho en condiciones harto diferentes por los recursos con que se contaban; y aun si extremando las deducciones y subiendo de una en otra dejáramos correr la imaginación, tal vez hasta podríamos considerar que *otra hubiera sido la importancia*, el carácter y

la suerte *del primer establecimiento* de los españoles en el Nuevo Mundo.

»9. *La deserción* de la *Pinta* fué un hecho gravísimo y de gran trascendencia. Privaba á la expedición de uno de sus mejores barcos, de la tercera parte de sus hombres y de un capitán de gran experiencia y valor, con el que siempre había contado el Almirante en los lances más difíciles, y cuya influencia era indudable en el ánimo de los marineros, casi todos amigos y parientes suyos. Mientras más altas se juzguen las cualidades de Martín Alonso (y nosotros se las reconocemos muy superiores), mayor podemos considerar el vacío que dejaba con su ausencia, y más desastrosas las consecuencias de su *inconsiderada* conducta. La situación del Almirante quedó muy comprometida

desde que la *Pinta* se apartó *para no obedecer* sus órdenes, y de aquel paso resultaron dificultades, pérdidas y desdichas que hoy, á tan larga distancia, no es posible apreciar con exactitud.

»10. Doloroso es para nosotros no encontrar razones que disculpen á Martín Alonso Pinzón, ó á lo menos atenúen *su responsabilidad* en aquel acto de *indisciplina*, haciendo la misma apreciación desfavorable para aquel grande hombre D. Juan Bautista Muñoz, Washington Irving y los más juiciosos historiadores. Unicamente nuestro docto amigo el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, llevado del entusiasmo que le producen las altas dotes de aquel intrépido marino, y haciendo gala de un exagerado amor á la imparcialidad, intenta alguna disculpa,

alguna atenuación; pero de tal naturaleza, tan infundada de suyo, que nada puede conducir al noble fin que se propone. ¡Cuán otra hubiera sido la defensa si en su claro talento hubiera encontrado razones en que apoyarla!...

»11. Pero analicemos la exculpación.

«Dije haber contradicción, escribe el Sr. Fernández Duro, en las aseveraciones de D. Fernando, por cuanto de sus propias palabras, como de las del P. las Casas, se deduce que navegando de noche, y estando á barlovento la *Pinta*, como más velera, cambió el Almirante de parecer y varió el rumbo, arribando sobre la isla de Cuba. El fué, por consiguiente, la causa de la separación, no ignorando que lo más probable fuera que Pinzón

»no viese, como no vió, señales de
»luz que no esperaba, y que siem-
»pre son inciertas en la mar. La
»*Pinta* continuó navegando en la
»dirección convenida y ordenada
»previamente; no hay, por lo tanto,
»motivo ni razón para culpar en
»juicio al capitán, y mucho menos
»para penetrar sus intenciones con
»la ofensiva y pueril suposición de
»que un indio, cuya lengua no en-
»tendía más que el Almirante, *le*
»*prometiera* llevarle á un sitio don-
»de abundaba el oro, y de que la
»codicia y la soberbia tenían re-
»suelta en su ánimo la separa-
»ción.»

»12. No queremos interrumpir con comentarios la alegación de descargos, tanto menos cuanto muy raro será el lector que tenga necesidad de que se llame su atención

sobre la *capciosa* forma en que está hecha. Prosigamos:

»13. «Mírese como se quiera ésta,
»no tuviera el juez más severo otro
»cargo que formular contra Pinzón
»que el de no haber hecho más ac-
»tivas diligencias para incorporarse
»á su jefe desde el momento en que
»advirtió el alejamiento, ó sea desde
»la amanecida del 22 de Noviembre,
»y acaso las hizo, porque en reali-
»lidad el Almirante sabía el rumbo
»que la *Pinta* había llevado, pero
»ignoraba Pinzón el que tomó la
»*Santa María*, y sólo casual y ra-
»rísimo cabía encontrarla.
»Viento en popa, navegando hacia
»el Oeste, vino el 6 de Enero á en-
»contrar la otra carabela; Pinzón
»disculpó entonces la ausencia *dan-*
»*do sus razones*. ¿Por qué las ad-
»mitió Colón sólo aparentemente,

»y en el recogimiento de la cámara,
»abiertas las hojas del *Diario*, vació
»su pensamiento agravando las pri-
»meras acusaciones con las de men-
»tiroso, soberbio, defraudador y
»mal hablado? ¿Por qué dejó tras-
»lucir que el temor del ascendiente
»y popularidad que gozaba Pinzón
»le contenían? Las declaraciones
»del pleito lo indican.»

»14. «A pesar de la errónea pro-
»posición del Fiscal, ninguna insinúa
»que la separación de la carabela
»*Pinta* fuera intencionada. Arias
»Pérez dijo que se verificó de noche
»por causa del temporal, convinien-
»do otros testigos en que dió por re-
»sultado que Martín Alonso descu-
»briera la isla de Haiti ó Española
»antes que el Almirante.»

»15. Breves reflexiones bastan
para destruir este razonamiento es-

pecioso, cuya debilidad resalta á la simple lectura. Reconociendo que el 6 de Enero, al encontrarse las carabelas, *Pinzón disculpó la ausencia*, se comienza por convenir en que lo necesitaba; en que de su parte había de verse culpabilidad. Colón las escuchó como capitán prudente, pesando con extremada discreción las circunstancias, y evitando todo motivo de rencilla, toda causa de disgusto que pudiera resultar en perjuicio de la empresa con tanta felicidad llevada á cabo. ¿Eran aquellos momentos propios para formular cargos, para pensar en castigos? Se emprendía el viaje de regreso, y lo necesario, lo urgente, era traer á España la noticia de los países que se habían descubierto, guardando en el fondo del corazón todo género de resentimiento.

miento, y procurando con el disimulo la concordia de las tripulaciones.

»16. ¿Y qué frases estampó el Almirante en su *Diario* que no correspondieran á su conducta noble y previsora? Cuando el 21 de Noviembre vió alejarse la *Pinta*, consignó que lo hizo *sin obediencia y voluntad del Almirante, por codicia... sin causa del mal tiempo, sino porque quiso*, añadiendo únicamente, según ya dijimos, una frase como desahogo de anteriores sufrimientos: *otras muchas me tiene hecho y dicho*. Por más que las meditamos, no encontramos en ellas rastro de odio ó mala voluntad.

»17. Cuando amaneció y vió que la carabela de Pinzón se había perdido totalmente de vista, estampó el hecho sin comentarios.

«Anduvo el Almirante toda la noche la vuelta de tierra, y hizo to-
»mar algunas de las velas y tener
»farol toda la noche, porque le pa-
»reció que venía hacia él, y la no-
»che hizo muy clara, y el vientecillo
»era bueno para venir si quisiera.»

»18. Esta sencillez de Cristóbal Colón demuestra bien á las claras el estado de su ánimo. Después del domingo 6 de Enero, «cuando vino
»Martín Alonso á la carabela *Niña*,
»donde iba el Almirante, para se
»excusar diciendo que se había
»perdido dél contra su voluntad»,
no pudo Colón poner en olvido las
circunstancias que acompañaron á
la deserción, pero disimuló con ex-
quisita prudencia para no impedir
el viaje, aunque no pudo menos de
escribir que eran falsas todas las
razones «y que con mucha codicia

»y soberbia se había apartado aquella noche que se apartó dél.» Y en el martes 8 volvió á repetir la causa de su disimulo; «el Martín Alonso le dejó — dice— desde el 21 de Noviembre hasta 6 de Enero, sin causa ni razón, sino por su desobediencia; *todo lo cual el Almirante había sufrido y callado* por dar buen fin á su viaje.»

»19. Prescinde de estas palabras el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, y funda su opinión de que puede ser imputable á aquél la separación de la *Pinta* en ciertas frases de las declaraciones de algún testigo de la información. No formaron la misma los célebres historiadores que arriba citamos. «Pinzón dió crédito—dice Washington Irving—á los extravagantes informes de un indio que iba á bordo de

»su carabela, y le ofrecía guiarlo á
»una isla ó región de grandes ri-
»quezas. Su avaricia se despertó
»repentinamente; siendo su barco el
»más velero, *podía virar con facili-*
»*dad á barlovento*, á donde no po-
»drían seguirle los otros. Podía él
»mismo ser, por lo tanto, el prime-
»ro que descubriera aquella dorada
»Babeque, enriqueciéndose con sus
»primicias.»

»20. Casi en iguales términos resume su opinión D. Juan Bautista Muñoz, en esta forma: «Estimulado
»de su altivez, confiado en su peri-
»cia náutica y en el buen andar de
»su carabela, guió adelante con in-
»tención de hacer por sí este rico
»descubrimiento.» Fué voluntaria la falta, aunque cueste trabajo el confesarlo: *fué una verdadera deserción*, y sus consecuencias extraor-

dinariamente sensibles y muy desastrosas. El cronista Antonio de Herrera, que tan cercano estuvo á los sucesos, dice que Pinzón «*se apartó del Almirante sin fuerza de tiempo, ni otra legítima causa; y por ser su navío muy velero se fué adelantando hasta que, llegada la noche, totalmente desapareció.*»

»21. Mucho nos hemos detenido en la apreciación de este suceso y de las causas que lo produjeron, pero es que tuvo tal importancia, causó tal variación en todos los actos posteriores de la expedición, que no sólo nos ha parecido de necesidad fijarlo en la manera más clara, sino también dar á conocer las opiniones de los historiadores más renombrados, tratándose de un español tan ilustre como Martín Alonso Pinzón, cuyos actos tienen siempre

gran interés en la historia del descubrimiento. No encontrando legítima excusa su proceder, hemos querido consignar los textos, para que en vista de ellos se confirme el mayor ó menor alcance de su responsabilidad.»

V

Pocas, escasas observaciones hemos de oponer á las que á los párrafos transcritos hace el docto marino, justamente porque como decíamos, y él mismo reconoce, le dan inmensa superioridad sus conocimientos especiales, y sería necia presunción y temeridad censurable entrar en discusión técnica quien no tiene estudios en la materia, con el

que además de su título y grado, es reconocido, respetado y aplaudido por su ciencia y pericia entre los más notables jefes de nuestra gloriosa marina.

Tanto menos hemos de acercarnos á aquel terreno, cuanto que abrigamos la convicción de no ser necesario hacerlo para juzgar el suceso, y basta la exposición de los hechos, como antes decíamos, para que rectamente puedan ser apreciados; y huimos además, por sistema, de polémica que casi siempre es enojosa.

El tiempo estaba bonancible en la tarde del 21 de Noviembre; el viento, aunque recio, era contrario para seguir el rumbo que llevaban y que por su voluntad siguió *Pinzón*, y favorable para regresar, que fué la razón que movió al Almiran-

te á volver la popa; y aunque se conceda que la *Pinta* fuera algo delantera y distante, no es dudoso tampoco que pudo y debió observarse desde ella el nuevo rumbo que tomaba el Almirante y seguía la *Niña*, y ver las señales que la capitana hizo.

Que la separación fué voluntaria é intencionada, se comprende con claridad de las premisas expuestas, y de los hechos que después vinieron. Desde 21 de Noviembre hasta 6 de Enero del siguiente año, estuvo la *Pinta* costeano por su cuenta; visitó dos ó tres islas próximas, y se detuvo seis semanas en el que el capitán de Palos denominó *río de Martin Alonso*, rescatando con los naturales y recogiendo abundantes muestras de oro que dividía con su tripulación. Luego hay bastantes

indicios que hacen probable la sospecha de que quiso disimular el tiempo que allí se había detenido y aun el provecho que obtuviera. No le formulamos cargo porque no está más que indicado tal proceder; pero á nuestro entender esto persuade que la separación tuvo un fin, un objeto preconcebido, ora fuera originado por las señas que hacían los indios que llevaba á bordo y por sus palabras mal entendidas, ora por el deseo de hacer algún descubrimiento con independencia del Almirante.

Ambos móviles debieron influir en el ánimo de *Pinzón*; y mirándolos á buena luz, sin pasión alguna, no parece que puede sostenerse, como hasta ahora se ha dicho, que tal movimiento de codicia no es probable, pues no se entendían bien con

los españoles los indios lucayos, ni aquellos podían tomar noticias de éstos referentes al país de Babeque, ni á sus criaderos de oro. El resultado prueba lo contrario. *Martín Alonso Pinzón* fué guiado á la isla de Haiti, y hacia la comarca más próxima á las montañas de Cibao, en las que existían las mejores minas, de las que tantas riquezas se extrajeron muy poco después por los que fueron en el segundo viaje.

No es aventurada suposición la de creer que alguna vislumbre de aquella producción de oro se dedujera de los gestos, de las voces y de las señales de los indios.

Y dado tal supuesto, cobran mayor fuerza de verdad las consecuencias.

No insistiremos. El efecto que causó la separación no pudo ser más

funesto, bajo cualquier punto de vista que quiera mirarse. Expuestas quedan varias de las desgracias que sobrevinieron después de aquella deserción de la *Pinta*, y no es posible que deje de conocer el que estudia el suceso, por muchas reflexiones que en contrario se aduzcan, y por mucho talento y agudeza que en ellas se despliegue, que la falta de uno de los buques y de la tercera parte de los hombres que formaban la expedición, con un capitán experto, valiente y reputado, había de sentirse fatalmente en todo cuanto desde aquel punto se emprendiera.

En el ánimo de *Cristóbal Colón*, también produjo aquel acto grave perturbación y fué causa de temores. Comprendía lo que pasaba en el corazón de *Martin Alonso* hacia

tiempo, leía su pensamiento en sus ojos y lo veía transparentar en todas sus acciones, adivinando la causa de aquel disgusto; pero al tocar tan grave resultado se llenó de confusión, no pudiendo sospechar el intento que á aquél guiara.

Deserción llamaron á la resolución de *Martín Alonso* de abandonar al Almirante de los Reyes, tanto Washington Irving, como D. Juan Bautista Muñoz, y de igual manera la califica el P. Ricardo Cappa, después de consideradas, con su pericia náutica, las circunstancias en que se efectuó, el estado del mar, la dirección del viento, las condiciones de las carabelas y demás que puedan apreciarse; y aun después de leído con verdadero deseo de convencernos de lo contrario, cuanto con noble pasión se ha es-

crito para disculpar á *Pinzón*, no encontramos, bien á nuestro pesar, otro modo de señalar la falta.

Su conducta, como se desprende de las consideraciones que ya dejamos expuestas, no puede calificarse de otra manera, aunque hay causas de atenuación para mirarla con rigor extremado; fué hija de una emulación noble, que juzgamos en parte natural y justificada; y su desertión no ha de juzgarse como la del soldado que abandona su bandera, pues él no estaba en la expedición más que por su voluntad, y al separarse llevó por objeto ampliar y completar el descubrimiento, por más que aspiraba, al hacerlo, á aumentar su propia importancia dando muestra de su valor y colocándose en posición más independiente.

VI

Las consecuencias de la separación de la *Pinta* fueron desastrosas, tanto para la parte material como para la moral de la pequeña escuadra que tan dudoso viaje había emprendido; y jamás hubiéramos creído que tan sencilla apreciación pudiera ponerse en duda, ni dirigir por ella algún cargo al que por resultado de sus reflexiones la consignara, basada en atendibles razones.

Constaba la expedición de tres buques y de unos ciento á ciento veinte hombres entre la dotación de todos ellos. Juntos habían arrostrado los peligros, vendido las desconfianzas naturales que inspira

siempre lo desconocido, dominado las penalidades de un largo viaje y rasgado el velo del mar tenebroso, poniendo de manifiesto que al otro lado del Océano, en latitudes nunca antes exploradas ni científicamente conocidas, había tierras fértiles y pueblos numerosos que habían de entrar muy luego en el concierto de las naciones civilizadas, llevando á ellas nueva savia y otros gérmenes de prosperidad y elementos de progreso.

Y en el momento en que tal victoria se había alcanzado, en el punto crítico en que era de necesidad proceder con la mayor prudencia al reconocimiento de aquellas islas y de las tribus que las habitaban, y estudiar alguna parte de sus costumbres, y recoger sus productos, y buscar los frutos de su suelo, la dis-

cordia se manifestaba de una manera inesperada entre aquel puñado de heroicos marinos; y el capitán de mayor prestigio y experiencia después del jefe, abandonaba á éste, llevándose una de las embarcaciones y la tercera parte de los hombres que á tan peligroso viaje habían venido.

No son necesarios argumentos poderosos ni grandes esfuerzos de imaginación, para comprender los gravísimos males que aquella discordia había de llevar en pos de sí. En cualquier suceso desgraciado que á los unos ó á los otros sobreviniera, había de conocerse la falta de apoyo que podían prestarse estando unidos. Que el hecho fué funesto bajo cualquier aspecto que se le considere, no creemos posible que se ponga en duda.

Que lastimado el Almirante lo recordara con amargura posteriormente en diversas ocasiones al tocar sus desfavorables resultados, lejos de extrañarse, aparece como el sentimiento más natural.

Expuesto y apreciado el grave suceso de la separación de la carabela que *Pinzón* mandaba; si la conducta de *Cristóbal Colón* tuviera necesidad de alguna explicación; si la nobleza de su corazón y la lealtad de su afecto al capitán de la *Pinta* tuvieran que demostrarse, bien claros aparecen con la sencilla lectura del *Diario de navegación* después de la ocurrencia. Lo consideramos á tan diferente luz y ofrece á nuestros ojos tan distinto punto de vista que á los del docto D. Cesáreo Fernández Duro, que las consecuencias que deducimos ambos

son diametralmente opuestas, enteramente contrarias.

En la seguridad de que su exposición es el argumento más poderoso, vamos á extractar textualmente cuanto después de tan desagradable acontecimiento consignó el Almirante. Y decimos después, porque desde la salida de las carabelas del puerto de Palos, hasta el día 21 de Noviembre en que ocurrió la separación de la *Pinta*, no hay en todo el escrito de *Colón* ni una sola frase, ni una reticencia que pueda decirse puesta en descrédito de *Pinzón* ó que revele mala voluntad á su persona; y, antes al contrario, las que hemos citado y algunas otras que pudieran buscarse, dan á entender la buena inteligencia que entre ambos capitanes mediaba y que no se había turba-

do por ninguna circunstancia adversa.

Si *Cristóbal Colón* después del desembarco y de haber tomado posesión en nombre de los Reyes Católicos de las regiones que acababa de descubrir en la isla de Guanahaní conoció el disgusto que comenzaba á enseñorearse del pecho de *Martín Alonso Pinzón*; si vió en él muestras de descontento y en sus acciones menos atención y comedimiento del que antes había usado y aun algo de desatención á la autoridad del Almirante, guardó en lo más profundo sus observaciones, con el pesar que debieron causarle, y no las fió al papel, ni aun en las páginas de aquel *Diario* que para todos había de permanecer reservado.

Tal vez enajenado por el gozo,

turbado por el éxito, creía que todos participaban igualmente de su alegría, y no veía en todos los semblantes sino el reflejo de su propia satisfacción. Si esto era así, demostración sería bien clara de lo mucho que le preocupaban las consecuencias de su triunfo; si lo comprendía y ocultaba, no podrá dudarse de la elevación de sus sentimientos que en momentos tan solemnes no daban cabida á nada mezquino, y solamente se mostraba lleno de su gran pensamiento.

Abriendo el *Diario de navegación* por esa desventurada fecha de 21 de Noviembre (1), encontramos que *Colón* consignó el hecho con estas palabras: «Este día se apartó Mar-

(1) Navarrete; *Colección de viajes*, etc., tomo I, pág. 213.

»tin Alonso Pinzon con la carabela
»*Pinta*, sin obediencia y voluntad
»del Almirante, por cudicia diz que
»pensando que un indio, que el al-
»mirante habia mandado poner en
»aquella carabela, le habia de dar
»mucho oro; y asi se fué sin espe-
»rar, sin causa de mal tiempo, sino
»porque quiso.» Y dice aquí el Al-
mirante: *otras muchas me tiene he-
cho y dicho.*

Parece que no cabe mayor sencillez ni menor señal de pasión; casi no se aventura juicio; pues aun la causa que pudiera haber movido á *Martín Alonso* para apartarse sin obediencia, no la expresa *Colón* como de su creencia, sino como escuchada, al parecer, entre la gente de los otros buques, y por eso escribió: *diz que pensando que un indio... le había de dar mucho oro.*

El Almirante no escribió las palabras *desertor* ni *insubordinado* para calificar la conducta de *Pinzón*, como reconoce el Sr. Fernández Duro, y esto patentiza la nobleza de su corazón y que no era su intento acriminarle. ¿Puede admitirse por ningún ánimo desapasionado que se haga cargo á *Colón* por aquellas frases, *otras muchas me tiene dicho y hecho?* diciendo: «¿No fuera noble recordar lo *que le hizo* en Palos para el armamento, lo *que le dijo* en el golfo cuando las tripulaciones murmuraban?» Esto ya es declarada malquerencia. Cuando se acaba de recibir una ofensa; cuando al verse desobedecido se sublevaba la autoridad de jefe y el prestigio de hombre, disculpable hubiera sido algún calificativo más ó menos duro dictado por la

pasión. El momento no era de recordar beneficios, sino de lamentar ingratitudes. *Colón*, sin embargo, ni aun dió cabida á sus quejas; las había recibido más ó menos graves, más ó menos directas, y se limitó á la indicación somera de ellas.

Y á esto se reduce todo: á mencionar ofensas anteriores, sin detallarlas, sin insistir en su recuerdo. No comprendemos cómo se acrimina tan sencillo proceder.

El mal estaba hecho; el efecto moral de la separación de la *Pinta* podía revestir gran importancia en el ánimo de los tripulantes de las otras dos carabelas, y *Cristóbal Colón* debió pesar su trascendencia con verdadera tristeza durante aquella noche. Sin embargo, al hablar de ello en el siguiente día, jueves 22, sólo escribió lo siguiente:—«Esta

»noche Martin Alonso siguió el ca-
»mino de Leste para ir á la isla de
»*Babeque*, donde dicen los indios
»que hay mucho oro, el cual iba á
»vista del Almirante y habria hasta
»él 16 millas. Anduvo el Almirante
»toda la noche la vuelta de tierra y
»hizo tomar algunas de las velas y
»tener farol toda la noche, *porque*
»*le pareció que venia hacia él*, y la
»noche hizo muy clara y el viente-
»cillo bueno para venir á él si qui-
»siera.»

Ni un comentario desfavorable, ni una frase dura, ningún calificativo; y eso que bien se deduce de lo poco que asienta que el viento era contrario á *Pinzón* para continuar el rumbo que emprendía, y bueno para reunirse con el Almirante.

Y desde aquel día verdaderamente infausto para los descubridores, no

vuelve *Colón* á mencionar la *Pinta* ni á estampar para bueno ni para malo el nombre de *Martín Alonso*, á pesar de la pérdida de su mayor nao, la carabela *Santa María*, y de haber decidido dejar algunos hombres en aquella tierra casi desconocida, tal vez, entre otras razones, por no poder aventurarse con todos en el viaje de regreso á España, á bordo de una pequeña embarcación.

Un recuerdo consignó de la falta que le hacía el buque desertor, pero fué mucho más de un mes después, y también sin hacer cargo directo á *Pinzón*. El día 31 de Diciembre se ocupaba ya en proveer de agua y leña á la *Niña* para la partida á España, pues deseaba traer á los Reyes la noticia del descubrimiento, y las muestras de la producción de

frutos y ganados de aquellas tierras privilegiadas. Bien hubiera querido adquirir nuevas de las otras islas, «mas como oviese quedado con un »solo navio, no le parecia razonable »cosa ponerse á los peligros que le »pudieran ocurrir descubriendo. Y »*quejábbase que todo aquel mal é in- »conveniente provenia de haberse »apartado la carabela Pinta.*» Esto era verdad indiscutible.

VII

Insistir sobre la prudente conducta del Almirante cuando volvió á reunírsele *Martín Alonso Pinzón* después de mes y medio de ausencia, fuera repetir lo que ya dejamos dicho.

En el juicio del proceder de ambos capitanes, en la apreciación de sus móviles, nada podemos añadir á lo antes expuesto. Existen por desgracia hoy, en este punto, dos criterios, dos opiniones contrarias: no ha de ser la nuestra la que pueda decidir la contienda, que es harto pequeña y de escasa valía; pero entendemos que tampoco ha de fallarse por lo que exageren los novísimos y desgraciados adversarios de *Cristóbal Colón*. El juicio de la posteridad se ha de formar con vista de datos indudables, y por eso nuestro afán de exponer las palabras mismas del *Diario de navegación*, porque creemos sin pasión que en ellas se pinta la nobleza del alma del grande hombre; su pensamiento, que lleno de la altura de su misión no abrigaba mezquinos rencores y daba al ol-

vido toda idea que no correspondiese al descubrimiento; su prudencia de capitán, su moderación y su mansedumbre, que todo lo posponía al logro de su empresa, y dominaba cuanto era posible su natural orgullo para que no se turbara la paz á bordo, y llegaran á España las noticias de la gloria alcanzada.

Con ingenua claridad lo estampó el mismo *Colón*: «Vino Martin »Alonso Pinzon, dice (Domingo 6 de »Enero de 1493), á la carabela *Niña* »donde iba el Almirante, á se ex- »cusar, diciendo que se habia par- »tido dél contra su voluntad, dando »razones para ello; pero el Almi- »rante dice que eran falsas todas, y »que con mucha soberbia y codicia »se habia apartado aquella noche »que se apartó dél, y que no sabia »de donde le oviesen venido las so-

»berbias y deshonestidad que habia
»usado con él aquel viaje, *las quales*
»*quiso el Almirante disimular por*
»*no dar lugar á las malas obras de*
»*Satanás que deseaba impedir aquel*
»*viaje como hasta entonces habia*
»*hecho...»*

En esta manifestación, confiada al papel de su *Diario* en la soledad y secreto de la cámara, que de nadie había de ser conocida, se funda todo el cargo que á *Colón* se dirige sobre la lealtad de sus relaciones con *Pinzón*. Como no creemos que haya fundamento, la exponemos sin comentario.

Si lo necesitara para algunos lectores, no seríamos nosotros los que lo hiciéramos, tachados ya de parcialidad, aunque sea por otros muy más parciales, que dicen hemos hecho *nuevo, aunque hermoso, pane-*

gírico del Almirante (1). Otras palabras del mismo *Diario* sirven de explicación y complemento á las ya copiadas, y dan por entero la razón al jefe que de tanta previsión se revestía en difíciles circunstancias. Los capitanes que puso en las carabelas eran hermanos, Martín y Vicente Yáñez Pinzón, á los que seguían otros muchos con soberbia y codicia «estimando que todo era ya »suyo, no mirando la honra que el »Almirante les habia hecho y dado, »no habian obedecido ni obedecian »sus mandamientos, antes hacian y »decian muchas cosas no debidas »contra él... todo lo qual el Almirante *habia sufrido y callado por »dar buen fin á su viaje*; así que por

(1) *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*, por Cesáreo Fernández Duro, pág. 102.

»salir de tan mala compañía, *con los*
»*cuales*, dice, *que cumplia disimu-*
»*lar*, aunque jente desmandada; y
»aunque diz tenia consigo muchos
»hombres de bien, *pero no era tiem-*
»*po de entender en castigo*; acordó
»volverse, y no parar mas con la
»mayor priesa que le fuese posible.»

Si estas no son razones dignas de atención; si no revelan á un tiempo mismo elevación de ánimo y precaución laudable, no sabemos qué explicación podrá dárseles.

VIII

Con dos buques bastante maltratados por una larga navegación y con los mástiles resentidos por el trabajo del velamen en los recios ven-

davales de aquellas latitudes, emprendió el Almirante su viaje de vuelta; aunque, á decir verdad, era bastante arriesgado el decidirse á tan larga travesía. Pero no había otro recurso. «Hacían mucha agua »las carabelas por las quillas, y »quejábase mucho de los calafates »que en Palos las calafatearon muy »mal, y que cuando vieron que el »Almirante había entendido el de- »fecto de su obra, y los quisiera »constreñir á que la enmendaran, »huyeron.» Este mal era, según parece, común á antrambas, pero á más la *Pinta* andaba mal de las bobinas, y la *Niña* tenía muchas veces que esperarla, porque se ayudaba poco de la mesana, por el mástil no ser bueno; y en estas contrariedades recordó otra vez lo pasado, y escribió *Colón*: «Si el capitan della,

»que es *Martin Alonso Pinzon*, tu-
»viera tanto cuidado de proveerse
»de un buen mastel en las Indias,
»donde tantos y tales habia, como
»fué cudicioso de se apartar dél,
»pensando en henchir el navio de
»oro, él lo pusiera bueno.»

Juntos continuaron su derrota, sin embargo, sin suceso desagradable entre ellos, y antes por el contrario conformando, al parecer, en el rumbo, y tomándolo hacia el Norte en dirección á las Azores, mucho más alto del que habían llevado á la ida; pero ya en las alturas de aquéllas comenzaron recias borrascas, y en la noche del jueves 14 de Febrero creció mucho la mar y el viento, y aunque resistieron algunas horas, tuvieron al cabo que correr el temporal porque no tenían fuerzas las embarcaciones

para cortarlo, y se dejaron ir poniendo la popa al viento donde les llevase. «Entonces comenzó á correr la carabela *Pinta*, en que iba »*Martin Alonso*, y desapareció, aunque toda la noche hizo faroles el »Almirante y el otro le respondia; »*hasta que parece que no pudo más por la fuerza de la tormenta*, y »porque se hallaba muy fuera del »camino del Almirante.»

De tan sencilla manera refiere éste aquella separación forzosa, sin ocurrirle siquiera dudar de la imperiosa necesidad que tuvo Pinzón de separarse. Sin embargo, todavía este hecho tan natural y tan frecuente, da lugar al ilustrado marino Sr. Fernández Duro, á buscar algo que demuestre poca pericia en *Cristóbal Colón*, y muy superior en *Martin Alonso*. Y en su afán de

encontrar la superioridad de éste, incurre, á nuestro corto entender, en evidente contradicción. «Venía, »dice, la carabela *Niña*, desde las »Azores en busca de las costas de la »Península *con rumbo algo más alto »del que conviniera* para avistar el »cabo de San Vicente, punto natu- »ral de recalada...» Y luego elogia á *Pinzón* porque siguió, aunque contra su voluntad, rumbo mucho más alto, y se encontró sin saber cómo en Bayona de Galicia. Pero para el docto Fernández Duro, aquel fué golpe de habilidad, y lo juzga en estos términos: «Conocida con su »vista la situación, nada más fácil »que dirigirse (con Sur y Sueste), »viento en popa, *á cualquiera de los »puertos del Norte* de España; *así »hubo de hacerlo Pinzón*; Colón »procedió de otro modo: *quiso en-*

»*trar en Lisboa*; se aproximó á Cas-
»caes, exponiéndose á caer en sus
»bajíos, y logró enfilear la barra del
»Tajo; *pero es evidente* que ni la ne-
»cesidad ni el peligro aconsejaban
»acometer el puerto, antes por el
»contrario, había en la entrada
»riesgo *voluntariamente corrido*,
»que se evitara marchando á bus-
»car las rías de Galicia.»

Con gran temor lo decimos, atendida la reconocida pericia del docto capitán de navío, pero nos parece que incurre en evidente contradicción al censurar el rumbo de *Colón* por ser *más alto de lo que conviniera*, y alabar á *Pinzón* porque lo tomó *mucho más alto*; así como se deja llevar de clara parcialidad al asegurar, sin dato alguno, que el Almirante *corrió voluntariamente* el riesgo de enfilear la barra del Tajo,

y que *Martín Alonso* arribó intencionadamente á la costa de Galicia.

Preciso es para hacer tales apreciaciones poner en olvido los antecedentes. Desde el 14 de Febrero al 4 de Marzo corrieron diez y ocho días de continuas borrascas, de tormentas violentísimas y vientos huracanados. La separación de las carabelas no fué voluntaria, sino forzoosa, ocasionada por las tormentas. Ambas corrieron el temporal, dando la *Pinta* la popa al viento y dejándose ir donde la llevase, *porque no había otro remedio*.

Venciendo la natural desconfianza, expondremos datos, á nuestro entender razonables, para que otros críticos, con mayores conocimientos, puedan dictar el fallo definitivo. Si los vientos huracanados que constantemente dejaron sentir su fuerza

en los últimos días del mes de Febrero y en los primeros de Marzo podían ser favorables á una navegación hacia los puertos del Norte de España, ciertamente no lo serían para bajar en demanda del cabo de San Vicente, *punto natural de recalcada* que debía buscar el Almirante, según la apreciación de su impugnador.

Que el tiempo era violentísimo y las carabelas llegaban al estado más deplorable, no somos nosotros los que lo decimos; datos hay que no pueden olvidarse. La *Pinta*, desde el 14 de Febrero, fué juguete de las embravecidas olas, corrió á merced de los desencadenados elementos. Sus desgraciados tripulantes no tuvieron momento de reposo; el día y la noche fueron iguales para aquel trabajo, para aquella lucha constante

con la muerte que de mil modos les amenazaba. No se olvide que en tan rudo combate, en tantos días de sufrimiento, fué indudablemente cuando contrajo el heroico *Martín Alonso Pinzón* la enfermedad que tan prematura, cuánto desgraciadamente le condujo al sepulcro.

Deshecha casi la carabela, rendidos y exánimes los tripulantes avistaron una costa, cuando apenas podían gobernar para aproximarse. No sabían el punto donde se encontraban, y su gozo fué grande cuando reconocieron las costas del Norte de España y pudieron recalar en el pequeño puerto de Bayona.

IX

No era menos precaria la suerte de la *Niña*, cuando sin velas la arrojó la tormenta sobre las playas de Portugal. Casi desarbolada la nave en la noche del domingo, 3 de Marzo, vídose en gran peligro, del que sólo Dios pudo librarla, pues inútiles eran los esfuerzos de los tripulantes, rendidos de cansancio, faltos de fuerzas y sin medios para dominar la borrasca. En aquella situación, y á la hora de la primera guardia, dieron los marineros la voz de ¡tierra! que venía á aumentar el peligro, dado el estado de la carabela. Pero aquí no puede haber

mejor medio de convicción que dejar hablar al Almirante mismo.

«Entonces, por no llegar á ella
»*hasta conoscella por ver si hallaba*
»*algun puerto ó lugar donde se sal-*
»*var*, dió el papahigo por no tener
»otro remedio, y andar algo, aun-
»que con gran peligro, haciéndose
»á la mar, y así los guardó Dios
»hasta el dia, que diz que fué con
»infinito trabajo y espanto. Venido
»el dia conosció la tierra, que era la
»roca de Cintra, ques junto con el
»rio de Lisboa, adonde determinó
»entrar, *porque no podia hacer otra*
»*cosa*, tan terrible era la tormenta
»que hacia, en la villa de Cascaes
»que es á la entrada del rio.»

¿Puede dudarse por algún marino de la verdad de estos antecedentes? ¿Puede dirigirse cargo al capitán que en tales condiciones toma

abrigo en el primer puerto que la fortuna le depara? ¿Es posible imaginar siquiera que se anda buscando ocasión de hacer alardes de ciencia en momentos de ver la muerte tan cercana? Y tan próxima estaba, que á renglón seguido escribió *Cristóbal Colón*: « Los del pueblo diz »que estuvieron toda aquella mañana »haciendo plegarias por ellos, y »despues que estuvo dentro venia la »gente á verlos por maravilla de »cómo habian escapado.»

Teniendo en cuenta estos antecedentes y el estado de ambas carabelas al llegar de arribada, y por verdadero azar de la suerte á los primeros puertos que á cada una se le depararan, nosotros abandonamos al juicio de los lectores peritos é indoctos que decidan si es posible escribir sin pasión: «No podrá,

»pues, desconocerse que la navega-
»cion de *Martín Alonso Pinzón*,
»fué también en el viaje de vuelta
»*más habil, náuticamente conside-*
»*rada*, sin caer, por otro lado, en el
»desacierto político de la del Almi-
»rante... (1).»

¡Triste fué en verdad el destino de *Cristóbal Colón*, puesta su honra en boca de mezquinos enemigos durante sus días, y triste es hoy traída á discusión su fama por los que de estudiosos se precian al cabo de cuatro siglos! En vida le calumniaron suponiendo que había dirigido el rumbo á Portugal y á la corte misma de Lisboa, para vender al rey Don Juan el hemisferio que con la protección de los Reyes

(1) *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*, por Cesáreo Fernández Duro, pág. 119.

Católicos había descubierto. Su respuesta es conmovedora: « Yo creo, » escribía á doña Juana de la Torre, » que se acordará vuestra merced » cuando la tormenta sin velas me » echó en Lisbona, que fuí acusado » falsamente que habia ido allá al » Rey para darle las Indias. Despues » supieron sus Altezas al contrario, » y que todo fué con malicia. Bien » que yo sepa poco, no sé quién me » tenga por tan torpe que yo no » conozca que aunque las Indias fue- » sen mias, que yo no me pudiera » sostener sin ayuda de Prínci- » pe.» (1).

Los escritores de nuestra época

(1) *Codice Diplomático Colombo americano*, Génova, 1829; Habana, 1867. — Navarrete: *Colección de viajes*, tomo I, pág. 419, segunda edición. — Carta del Almirante al ama que había sido del Príncipe Don Juan.

juzgan el hecho de muy diferente manera, aunque no menos infundada. *Colón* entró voluntariamente en el Tajo para manifestar al rey de Portugal su desacierto en no haber aceptado los ofrecimientos que en tiempo le hiciera, para darle envidia con su triunfo, llegando alguno al extremo de consignar *que llegado Colón á Lisboa, reconvino al Rey por no haberle creído*. A tales extremos nos extravía la pasión; y bien puede afirmarse que tan equivocada es una suposición como la otra; tan destituida de fundamento es la actual presentada por los pensadores, como lo fué la antigua propalada por los envidiosos.

X

Aquel temporal tan violento, aquella serie de tempestades que desde el 24 de Febrero reinaron constantemente haciendo del invierno de 1493 uno de los más terribles de que había memoria, produciendo infinitos desastres y pérdidas de embarcaciones, empujó á la carabela *Pinta* muy lejos del camino que se proponía llevar. No hay datos para calcular hasta qué punto la arrebataron los vientos huracanados que se dejaban sentir. Los tripulantes sufrieron penalidades sin cuento, expuestos al rigor de los elementos y sin poder abandonar un instante el trabajo, á pesar

de la furia del viento y de las aguas que los azotaban. A las inclemencias del cielo se juntaba el temor continuo de la muerte que ante los ojos tenían, porque la frágil embarcación debía zozobrar al menor descuido... Crueles fueron los días que pasaron aquellos expertos marinos, y sin duda más amargos que todos ellos los sufrió *Martín Alonso Pinzón*.

Extenuados de fatiga, mal alimentados y rendidos de cansancio avistaron una costa en los primeros días del mes de Marzo, y sin saber cuál pudiera ser, pusieron la proa en su demanda, como único recurso en tan desesperada situación. Casi tan grande como la pasada angustia fué la alegría de aquel momento en que reconocieron las tierras de Galicia y la atalaya de Mon-

te Buey que daba aviso de su llegada á la rada de Bayona del Miño.

XI

Este suceso, que tanto tiene de importante como de curioso, ha sido muy poco estudiado, hasta que la publicación de las Probanzas practicadas en el pleito seguido entre el fiscal del Rey y el segundo Almirante D. Diego Colón, ha venido á traer muchos datos que lo aclaran y á ofrecer detalles interesantes.

Parece que poco después de la arribada de la *Pinta* al puerto de Bayona, llegó allí otra embarcación que venía de Flandes, y traía á bor-

do muchos soldados de aquellos tercios que regresaban á sus hogares.

Se encontraba entre ellos Hernán Pérez Mateos, piloto de Palos, deudo de los hermanos Pinzón, que fué mandando luego una de las naves en el segundo viaje. Ya muy anciano, pues pasaba de los ochenta años, fué examinado en la ciudad de Santo Domingo, en la isla Española, donde había fijado su residencia, y su declaración es interesantísima en todos los puntos que abraza. Refiriéndose al punto que nos ocupa, expresó contestando á la pregunta 19 del interrogatorio del fiscal:

«Que oyó á muchas personas, y
»principalmente á los dichos *Martin Alonso* y sus hermanos, que
»dicho Don Cristoval Colon habia
»hallado en esta isla Española mues-

»tra de oro y rescates, é con lo que
»habian podido haber se habian
»vuelto á España á hacer Relacion
»á los Reyes, *é al tiempo q'el dicho*
»*Martin Alonso llegó á Bayona este*
»*testigo lo vió y le habló como á deb-*
»*do*, y el dicho Martin Alonso le
»hizo relacion de todo lo que habia
»pasado, é le dijo que Don Cristoval
»Colon habia salido destas partes,
»el dicho Don Cristoval Colon de
»donde está agora Puerto Real, y
»el dicho Martin Alonso del Puerto
»de Gracia, é que se habian juntado
»en la mar, é con tormenta se ha-
»bian apartado, y dicho Don Cris-
»toval Colon habia ido á Lisboa, y
»él habia llegado allí á Bayona (1).»

(1) Por su importancia insertaremos íntegra por *Apéndice* esta declaración, copiada á la letra de su original que se conserva en el *Archivo de Indias*, en Sevilla.

No expresa el piloto la razón por que se encontraba en aquella sazón en Bayona de Galicia; pero los testigos Pero Arias Pérez, hijo de Martín Alonso, y Hernando Esteban fueron más explícitos, pues probablemente volvían, según hemos dicho, de servir en los tercios españoles. El primero dijo, contestando á la pregunta 15 del interrogatorio:

«Que sabe su contenido, porque
»vido partir de aquí al dicho *Martin Alonso, su padre...* é que este
»testigo no fué con ellos; pero des-
»pues vinieron á aportar á Galicia,
»*y este testigo venia de Flandes, é*
»*se hallaron todos en un dia en el*
»*puerto de Bayona,* é de allí de los
»del navio de su padre é de los
»otros navios... este testigo oyó de-
»cir muchas veces aquello que se
»contiene en el dicho artículo.»

Hernando Esteban, contestando á la pregunta 21, dijo:

«Que vido cómo vinieron á Cas-
»tilla despues de descubiert lo su-
»sodicho, *é que este testigo viniendo*
»*de Flandes los encontraron é se*
»*hallaron en el puerto de Bayona*
»*de Miño*, é que por esto sabe, y
»así es público y notorio como se
»contiene en las dichas pregun-
tas.»

Otro testigo presentado por el Almirante D. Diego, en Santo Domingo, en la probanza que hizo en el año 1512, fué Pero Enríquez, vecino de Palos, que dijo:

«Que al tiempo que el Almirante
»venia del viaje, un navio suyo en
»el que venia *Martin Alonso Pin-*
»*zon* por capitan, llegó á Bayona
»de Galicia, *é este testigo vido allí*
»*los indios que traian de la isla de*

Guanahaní, é allí le dijeron que »el Almirante habia descubierto las »islas *Conhayatin* é las demas, é »que este testigo ovo de presente »cuatro pesos de oro que le dió el »contramaestre. »

El objeto especial de las informaciones de una parte y lo conciso de las respuestas de otra, nos hace lamentar que los testigos no se extendieran á consignar el estado en que vieron á los tripulantes de la carabela, las noticias que éstos les dieran de los trabajos que habían sufrido en las pasadas tormentas, y otras muchas circunstancias del mayor interés que pudieron recoger en aquellos momentos de los labios mismos de los capitanes y marineros, sus paisanos y amigos.

Indudable parece que todos llegaron rendidos de cansancio, exte-

nuados por la fatiga, faltos de sueño y de alimento; muchos enfermos, siendo uno de éstos el valeroso *Martín Alonso Pinzón*, que en aquellos azarosos días perdió la salud rendido por tan excesivos trabajos, y por las privaciones y sufrimientos.

¿Qué sabían los tripulantes de la *Pinta* de la suerte que había corrido la *Niña*? ¿Qué podían conjeturar que hubiera sucedido al Almirante y á sus compañeros? Salvados milagrosamente, después de muchos días de continuada lucha y de correr grandes peligros, bien podía creer *Martín Alonso* que la carabela del Almirante había sido sumergida por las olas, así como *Colón* pensaría muchas veces que la *Pinta* se había perdido sin remedio por no haber tenido la suerte de aproximarse á la costa, como á él le había ocurri-

do en punto tan crítico, pudiendo ganar la embocadura del Tajo.

Los dos capitanes creyeron, á no dudar, que su salvación era milagrosa y que la otra carabela había naufragado. Ambas volvían muy quebrantadas del largo viaje, con ocho meses de penosa navegación, mal calafateadas y con averías, y tras de tan prolongadas borrascas no era probable que las dos hubieran vencido la furia de los desencadenados elementos.

Sin más pensamiento que el de una verdadera pena, *Colón* y *Pinzón* pudieron creerse respectivamente sepultados en el mar el uno al otro, cuando por término de sus angustias pudieron ganar los puertos de Cascaes y de Bayona.

Y en tal situación adquiere grandes probabilidades de certeza la afir-

mación que hace Don Fernando Colón en la vida del Almirante su padre.

De la misma manera que éste al encontrarse á salvo de los pasados peligros dentro de las aguas del Tajo, tuvo por primer cuidado enviar á los Reyes Católicos la noticia de su arribada en el mismo día 4 de Marzo, como lo justifica la postdata de su primera carta, pudo *Martín Alonso* tener igual pensamiento y ponerlo en ejecución al desembarcar en Bayona del Miño. Lejos de podersele formular cargo alguno por haberlo hecho, puede sostenerse que cumplía con un deber, cuando tal vez el jefe de la expedición había perecido, y él era el único depositario de las noticias del descubrimiento.

Don Fernando escribió lo siguien-

te: (1) «Luego sucedió, que cuando
»el Almirante llegó á Palos, *Pinzón*
»arribó á Galicia y quería ir á Bar-
»celona á dar cuenta en derechura
»del suceso á los Reyes Católicos,
»los cuales le dieron á entender que
»no fuese sino con el Almirante,
»que era al que habían enviado al
»descubrimiento...»

Lejos de parecer intencionada y poco cierta tal indicación, tiene todos los visos de probabilidad. En su primera parte, por las razones que dejamos apuntadas; en la segunda, por la sesuda reflexión que á otro propósito consigna el mismo señor Fernández Duro: «Los Reyes habían de preguntar por el jefe de la expedición: ¿qué responder mientras llegaba el que se pres-

(1) *Historia*, cap. XLI.

»tara á hacer papel de correo avanzado? (1).» Y esto exactamente, es lo que traduce la respuesta de los Reyes que traslada Don Fernando. Sin rebajar en un ápice á *Pinzón* ni menos desconocer sus servicios, pudieron los Reyes Católicos decirle que se uniese á *Don Cristóbal Colón*, cuando ya tenían las noticias de haber llegado el Almirante á Lisboa. La responsabilidad y la gloria de una expedición, el crédito ó el descrédito, reflejan siempre sobre el jefe que la dirige, sean cualesquiera los hechos de sus subordinados.

(1) *Pinzón en el descubrimiento*, etc., página 100.

XII

Lo extraordinario, lo que no puede atribuirse al acaso, porque, como en otros sucesos de la vida de *Cristóbal Colón*, se vé claramente un acontecimiento providencial, fué la llegada de los dos capitanes en un mismo día al puerto de Palos. Después de tan larga separación y de haber corrido tantos peligros, el día 15 de Marzo de 1493 entraron las dos carabelas en aquel pequeño puerto de donde habían salido.

El suceso se presta á profundas y varias consideraciones.

«*Pinzón* volvía cansado, lleno de achaques por los grandes trabajos sufridos, según hemos dicho en otro

libro; molesto además, caviloso y apesadumbrado porque su conciencia le reprochaba la ilegitimidad de algunos de sus actos, y temía el juicio que de ellos pudiera formarse cuando fueran bien conocidos. Su turbación creció de punto cuando al dirigirse á la barra de Saltes, anhelado término de tantos sinsabores, vió ondear en los mástiles de la *Niña*, que estaba fondeada en el puerto, la enseña del Almirante, á quien creía sepultado en las aguas.

» Profundamente afectado con aquella vista, meditó indeciso el partido que debería tomar, y dando las órdenes convenientes para que la *Pinta* fuese á dar fondo al costado de la *Niña*, mandó echar la barca al mar, y entrando en ella se hizo conducir á una casa que poseía muy cerca del pueblo. Durante el

camino llegaban á sus oídos, llenando su alma de amarguras, los alegres vítores de los vecinos de Palos, el sonoro repique de las campanas, los acordes de las músicas populares y los ecos de las fiestas y cantares que le demostraban el regocijo de que todos se hallaban poseídos en aquel instante.

» La *Pinta* entró en el río: los marineros salieron poco á poco á tierra, mezclándose con los grupos donde se festejaba á sus compañeros, y sólo entonces se supo la llegada de las otras carabelas, admirando los misteriosos designios de Dios y la profunda lección que encerraba el diferente recibimiento que unos y otros habían tenido.

.....

.....

» Ciertamente hubo de dar pábu-

lo á muchas conversaciones, tanto entre los vecinos de la villa, como entre los moradores del convento, la llegada de la *Pinta* en el mismo día que la *Niña*, y la desaparición voluntaria de Martín Alonso, á la que cada uno atribuía una causa; sosteniendo sus amigos que venía enfermo del excesivo trabajo y falta de alimento en las semanas que duraron los últimos temporales, creyendo otros que se retiraba por temor de que el Almirante publicaría su deserción y desobediencia, de suerte que, como dice uno de los testigos de la *Probanza del fiscal*, *no había otra plática en el pueblo.*

»Extraño podrá parecer que los dos capitanes estuvieran separados sin verse en toda la semana que permaneció *Colón* en la Rábida, y más todavía estando por medio el

P. Fr. Juan Pérez, que había sido causa de que aquellos se pusieran de acuerdo para emprender el viaje, y tan satisfecho debía de estar del resultado de sus gestiones, siendo por lo tanto más vehemente su deseo de que se reconciliaran, como dice con sobrada razón el señor D. Cesáreo Fernández Duro.

»Pero es lo cierto, según el mismo escritor lo advierte, que el Almirante no esperó la respuesta de la corte, ni pensó en hacer el viaje con su compañero de expedición.

»La versión más exacta es la contenida en el libro de Gonzalo Fernández de Oviedo (1), basada en la que escribió D. Hernando Colón (2), y que aceptaron el cronista

(1) *Historia general y Natural de las Indias*. Cap. II, lib. IX.

(2) *Historia*, cap. XLI.

Herrera y D. Martín Fernández de Navarrete, porque en ella se descubre un gran fondo de verdad, aunque Oviedo añade algunos accidentes y detalles muy esenciales, pero que están consignados en las declaraciones de los testigos de la *Información*. Supone D. Fernando Colón que Martín Alonso tuvo respuesta de los Reyes Católicos, diciéndole que no se presentase á ellos sino con el Almirante; de que recibió tan gran pesar, que cayó enfermo y se dirigió á Palos, *pero antes que él llegase había partido el Almirante á Sevilla con intención de ir á Barcelona*.

»Estando ya cerca de Europa,
»dice Oviedo, por tormenta se apartaron la una carabela de la otra, é
»corrió el Almirante á Lisbona y el
»Martín Alonso á Bayona de Gali-

»cia. E despues cada navio destes
»tomó su camino para el rio de Sal-
»tes, *é de caso entraron en un mes-*
»*mo dia; y entró el Almirante por*
»*la mañana, é la otra carabela lle-*
»*gó en la tarde.* E porque se tuvo
»sospecha que por las cosas pasadas
»el Almirante faria prender al Mar-
»tin Alonso Pinzon, saliose en una
»barca del navio, así como entraba
»á la vela, é fuese donde le pareció
»secretamente, y el Almirante lue-
»go se partió para la corte con la
»grande nueva de su descubrimien-
»to. Y como el Martin Alonso supo
»que era ido, fuese á Palos á su ca-
»sa é murió dende á pocos dias,
»porque iba muy doliente.»